

HISTORIAS DE VIDA EN POSITIVO
VALLE DE LAGO
Verano de 2021

Jesús Lana Feito

Entrevistar a personas mayores tiene, entre otros, tres motivos interesantes: recoger testimonios sobre historia y/o cultura, recoger relatos sobre sus vidas o simplemente hablar, comunicarse.

En el primer caso buscamos lo objetivo, lo que podemos contrastar. Es el caso de la toponimia de Valle de Lago con sus 400 nombres de fincas y lugares, que se perderían para siempre y quedan ahora escritos sobre el mapa o para consulta en internet. Entrevistas sobre costumbres, pastos comunales, etc. también hacen historia.

Ahora busco otros testimonios, historias de vida contadas en primera persona, con unos contenidos subjetivos y personales. Más aún, apelaré a su memoria emocional y recogeré testimonios sobre aspectos positivos de su vida. Dejaremos a un lado las dificultades, la escasez de recursos, las miserias y buscaré esas vivencias ilusionantes y positivas que han tenido en su infancia, en su adolescencia y en su juventud. Son personas nacidas y criadas en Valle de Lago y que ahora superan la edad de 80 años. No abordaremos toda su historia de vida y por lo tanto no incluiré otros datos personales, sólo sus nombres: Pepe, Leonardo, Adolfinia, Laurentina, Excelsina, Benina, Hilda y Piro.

Recuerdan con ilusión cuando iban a **la braña**. A ese conjunto de 20 ó 30 cabanas en los mejores tiempos de Muriastsongas y Sobrepena. Una persona de cada casa subía todos los días, reunía a las vacas en torno a la cabana, ordeñaba, sacaba a los xatos a mamar, los recogía nuevamente, dormía en la cabana y bajaba por la mañana con la leche de cada día.

Anécdotas hay varias como el engaño a los mozos con algo que parecía serio mientras las mozas les robaban el pote de patatas que ellos estaban cocinando. A pesar de la época ellas no se quedaban atrás. Era muy habitual cocer unas patatas en aquellos potes de hierro que había en todas las cabanas y compartirlo. Consiguieron en otra ocasión entre todas las mozas encerrar a algún mozo dentro de un corro. Claro, eran tres o cuatro contra uno. Cuando la cena era individual y en cada cabana lo más habitual era hacer el rabón, harina de maíz cocida con leche. La braña estaba lejos del control familiar y social y las diversiones eran habituales entre mozas y mozos. De los cortejos de pareja en las cabanas no hablamos.

Desde la braña de Muriastsongas iban los mozos a **robar quesos** al pueblo de La Cueta, a pie para evitar el ruido de los caballos. Llevaban un palo largo, con un tenedor en la punta, para pinchar los quesos que estaban al fresco en las ventanas. Para que los vecinos dudaran de la procedencia de los ladrones pelaban algunos quesos en dirección al pueblo de Queixo.

En primavera había pastos comunes cerca del pueblo, como La Veiga Campriondo, Las Matas o El Rozo. Allí se juntaban también nenos y jóvenes. Además de estar pendientes de las vacas jugaban con frecuencia a **la gocha**. Consistía en hacer un gran pozo de casi medio metro de diámetro utilizando unas buenas y toscas estacas.

Con esas mismas estacas unos intentaban meter la gocha, que era una piedra a ser posible redonda, en el pozo y otros evitaban que entrara. Para **el juego de la calva** sólo había que poner dos piedras triangulares de pie y otra en el punto de tiro. Se lanzaba una piedra a ser posible algo redondeada y para puntuar era necesario tumbar las piedras. Hacer bolos de madera era más laborioso y no tenían allí herramientas.

Las estaferias que se hacían para arreglar los caminos eran también un buen momento para la diversión. Era obligatoria la asistencia de una persona de cada casa y ya procuraban ir los más jóvenes. Bueno, también el llamado **vicario** como responsable de la organización exigía que asistiera una persona de cada casa pero que pudiera realizar bien los trabajos, no quería ni a niños ni a personas muy mayores. Mozas y mozos asistían encantados y no todo era trabajar duro. Las bromas y diversiones también surgían fácilmente. Tirar a las mozas al río o frotar la cara a algún mozo con huevo cocido podía ocurrir con facilidad y sin pararse a pensar que la vestimenta de la moza era toda de lana.

Los bailes cada domingo o cada día eran también habituales en La Pradera. El ambiente ya se preparaba cuando llegaban los segadores que procedían de los pueblos de Luarca y Tineo. Venían a las siegas, uno o dos contratados para cada casa. Iniciaban su tarea en Babia y después llegaban a El Valle por La Arvaneicha, cantando y gritando. Sus **ijujús** los contestaban las mozas desde La Pradera. Si alguno tocaba la gaita como Clavel o el acordeón como Sixto, mejor que mejor. El baile más concurrido era el que daba cierre a la recogida de la hierba en Veigasdeprao. Clavel era segador y Sixto llegó al pueblo para medir las fincas. Cada tarde si sonaba el acordeón ya había baile.

Durante todo el año también había bailes que se organizaban en una casa de Servando el de Serafina, al lado de casa Patallo y posteriormente en la era de Malina. Si no había una peseta para el músico, no había baile para moza o mozo.

Ellas tenían que tener cuidado a qué mozo daban **calabazas**, es decir, negarles un baile. El mal humor por el rechazo podía provocar que el mozo le diera un palo al candil que alumbraba y el lío estaba servido: empujones, golpes o incluso algún palo. Otro asunto divertido o conflictivo era **la cédula**. Una costumbre que se fue perdiendo con el tiempo y que consistía en ceder la moza a mitad de la pieza de baile. Si el mozo no quería cederla a otro mozo que la solicitaba, el lío estaba asegurado. Bailar con la misma moza o mozo toda la noche era un fastidio o un placer, pero era el resultado del sorteo que se celebraba metiendo los nombres de toda la mocedad en dos gorras, una para mozos y otra para mozas. Los dos nombres que se sacaban quedaban emparejados.

El regreso del baile también era divertido y con travesuras. Montaban a los burros que habían dejado apartados. A veces los vestidos de las mozas quedaban inservibles para otro día de baile.

El juego de **las cótolas** era habitual. Hacían pequeñas bolas de barro que sacaban en La Barrera, por encima de El Casarón y en otros casos con pequeñas piedras algo redondeadas. Era juego de niñas y tenían las rodillas con callo de tanto jugar. Jugaban con cinco bolas, cuatro en el suelo liso y una en la mano para tirar intentando darles a dos o a tres. También tirándolas al aire de dos en dos o hacerles pasar debajo de los dedos de la mano que hacían de puente.

Había mucha mocedad, mucha alegría, muchos juegos y aventuras compartidas y mucha unidad. La piquilla que había entre los barrios de El Auteiro y La Vitsa era también divertida. Si llegaban mozos del barrio de abajo a El Auteiro era muy frecuente que los recibieran las mozas con **cubos de agua**. Las mozas y mozos hacían las **roscas del ramo** para el día de la fiesta. Pedían ingredientes por las casas, amasaban y horneaban. En la fiesta de El Rosario hacían una rosca de más y la compartían todos acompañada de chocolate en alguna casa.

Las **trampas entre la nieve** eran divertidas e incluso peligrosas. La huelga o sendero que se hacía en los caminos era muy apropiado para hacer un pozo, taparlo con una lámina de nieve dura bien disimulada con manchas de cucho. La caída de los transeúntes estaba asegurada. Allí caían con sus bidones de leche o con el fuetse de harina si venían del molín. La nieve daba mucho juego, **tirar petsadas** (bolas), rustrir con ella la cara o simplemente revolcar a mozos y mozas. **Esconder el cubo de agua** en la fuente o **meter miedo** a personas que vivían solas o porque eran algo especiales y, si el atrevimiento era mayor, tirar piedras a la puerta de la casa, eran otras travesuras.

Frutales no había, pero **un nisal o un manzano** que producía manzanucas que llamamos caruezos, eran atacados por nenos y no tan nenos. Los nisos mejor si ya estaban recogidos y maduraban metidos entre harina de maíz. Si estaban cerca de alguna ventana también eran pasto fácil.

Transportar cucho con un burro para abonar las tierras también requería ingenio para divertirse. En la ida el serón iba cargado, pero al regreso se metían dos nenas, una de cada lado y si había que compensar el peso se metía una buena piedra.

Engañar a los nenos prometiendo algún premio era tarea fácil. Así recuerdan cómo una tarea era barrer la corte (la cuadra) y el premio comer rabón. La novedad y la broma era poner el rabón en los platos y obligarlos a comerlo sin cuchara.

Adelantarle **el reloj al maestro**, que se dormía todos los días por la tarde, era tarea arriesgada. Había que sacarlo del cajón que crujía, adelantarle una hora moviendo las agujas con la mano porque que no tenía cristal y volver a meterlo sigilosamente. Al despertar a las cuatro ya eran las cinco y ante la orden de salir lo hacían a toda velocidad. Cuando las vecinas le preguntaban al maestro por qué salían ya, la respuesta aclaraba la travesura, pero ya era demasiado tarde para mandarles regresar a la escuela. El disfrute ese día era importante y no pensaban en las consecuencias, a base de tortas, que estaban aseguradas al día siguiente.

El día de **la matanza** de los gochos era festivo para la casa y familiares próximos. Los nenos de la casa y los invitados no iban a la escuela. También por la comida que era muy especial.

Las llamadas **convidadas** se hacían después de la misa de las bodas. En el corral de casa de la novia se convidaba a todas las mozas y mozos del pueblo a un vino y unas galletas. Se situaban en redondo y los novios iban pasando y repartiendo.

El día de **carnaval** no había muchos disfraces, ni atuendos preparados para la ocasión. Simplemente se buscaban algunas vestimentas de otras personas.

Recuerdan que les ilusionaba la llegada de los **misioneros** que estaban unos días en el pueblo. Además de rezar les enseñaban canciones religiosas y había mucha alegría en esas convivencias. En otra ocasión fueron en grupo a recibir la imagen de la virgen

que había sido restaurada y desde la entrada del pueblo le tiraban a su paso hojas de rosas. Una comunidad tan cerrada disfrutaba de cualquier visita o acontecimiento, todo era novedad.

Mozas y mozos iban a las **fiestas de los pueblos** cercanos. Allí eran invitados en cada casa y en las fiestas de nuestro pueblo la invitación era correspondida. En alguna ocasión llevaban comida preparada para compartirla en grupo. Recuerdan incluso el asado de un pollo.

El día de **La Pica** o aguinaldo era el 24 de diciembre. Un día de grandes recuerdos porque había que ir a todas las casas en grupo y cantar o rezar a petición de los vecinos de cada casa, aunque hubiera una gran nevada. El dinero recaudado lo repartían dos personas: Ulpiano a los del barrio de abajo y Pacho a los del barrio de El Auteiro. Unas pesetas para cada uno era una verdadera fortuna para aquellos tiempos. El desayuno de chocolate, las migas a la vuelta o levantarse al amanecer eran muchas novedades.

Los bolos era un juego habitual, en los recreos, los domingos o el día de la fiesta. También **la carrera de la rosca**. Había hasta espectadores subidos en los praos próximos a la iglesia. En ese tramo de camino, de unos 50 m los mozos corrían de dos en dos. La meta estaba detrás del cementerio. El ganador corría con el siguiente y así por eliminación. A veces un buen corredor se veía obligado a eliminar a varios que se iban presentando. El ganador disfrutaba el triunfo repartiendo en trozos llamados pitones, la gran rosca que coronaba el ramo.

Reconstruir **el chozo de los pastores** era un día muy especial de trabajo y diversión. Todas las primaveras el pastor que llegaba de Extremadura con su rebaño de ovejas merinas y necesitaba ayuda para reconstruir el chozo. El temporal y la nieve lo dejaban medio caído. El pastor ese día mataba una oveja, hacía **fritada** (caldereta) y **chanfaina**, que se preparaba con el hígado troceado y frito, la sangre de la oveja y pan. Si había vino, la resaca al día siguiente era notoria. Incluso algún mozo pedía algo de beber aunque fueran tsabazas, que era lo que bebían los gochos, agua con los restos de grasa de los platos.

Cenas o meriendas improvisadas eran muy frecuentes con manjares robados: la nata de las otsas (ollas) de barro que estaban en las otseras enfriando, chorizos de la gabitera de algún vecino, huevos, quesos, tartas que enfriaban en las ventanas, todo servía para reunirse y pasarlo bien. En algunas ocasiones no era fácil encontrar casa y cocinera dispuesta a preparar lo robado, se necesitaba cierta complicidad y poca reprimenda.

En fin, en torno a 1900 en El Valle había **77 casas abiertas** y un total de 361 personas. Con las casas llenas de personas de todas las edades, sólo hacía falta reunirse y las diversiones llegaban sin grandes esfuerzos. Buena parte de esa alegría se fue despidiendo con la marcha de tantos y tantos emigrantes al otro lado del charco. Aquí no había sitio para más habitantes. Ahora ya sobra un metro donde sembrar o donde segar más hierba, quedan también algunas diversiones a distancia a través del teléfono móvil y otros tipos de fiestas fuera del pueblo. El reto demográfico y la España vacía son conceptos que sobrevuelan los pueblos como un nubarrón amenazante.